# NOUS:
# William, Tudo
# y los niños *Infinitos*

Por Zaid Carreño

A José María

# Arnau y William

Arnau tenía 8 años cuando su papá le regaló un libro con ilustraciones sobre animales mitológicos. Le encantó el *Architeuthis Dux;* nombre científico del calamar gigante. A pesar de que en el texto se hablaba de él como un monstruo feroz, a Arnau no le generó temor; sus características le parecieron fascinantes: su tamaño colosal, sus brazos y tentáculos, su capacidad para cambiar de color y camuflarse.

Lo que también le sorprendió a Arnau fue que el *Architeuthis* contaba con el ojo más grande de entre todos los animales del mundo en la historia reciente. Recuerda que en una ocasión, luego de hojear el libro por enésima vez, se dirigió al espejo del baño para mirar sus ojos; uno de ellos. Se acercó lo más que pudo al reflejo, y con una mano levantó el párpado derecho para dejarlo totalmente al descubierto. Arnau también tenía los ojos grandes, y sabía que bellos, gracias a las innumerables veces que su mamá se lo repetía:

- ¡Tienes unos ojos preciosos, hijo!

Muchas cosas sobre el calamar, Arnau las fue aprendiendo con el tiempo; buscó en enciclopedias y ya más grande en internet. Se enteró que el *Architeuthis* tenía un acérrimo enemigo; el cachalote. No sabía cómo era este animal, así que buscó imágenes y descubrió que se trataba de una especie de ballena, pero más cabezona.

Había calamares de todos tamaños, y contrario a su creencia eran carnívoros. Él siempre pensó que comían frutas y verduras. –Pobres- se decía -¡A quién le gustan el brócoli o la coliflor o la zanahoria cocida!-.

Lo que más le entusiasmó a Arnau fue hallar en sus investigaciones que el calamar, aun el gigante, era real; existía. Cuando su papá le regaló el libro, le comentó que los animales que en éste aparecían, solo formaban parte de la imaginación de los seres humanos, que estos encuentros jamás se habían dado, que ningún hombre había podido comprobar la existencia de tan magníficas y atemorizantes criaturas, por ello eran un mito:

- ¿Mito? ¡Nada qué! ¡Los hay vivitos y coleando!

En la mitología escandinava y finlandesa llamaban a los calamares gigantes *Kraken.* Un *Kraken* adulto podía medir hasta 2 kilómetros y su dorso asemejaba una isla flotante. Cuando los barcos se acercaban confiados porque creían que se trataba de un pedazo de tierra, eran atacados y llevados a las profundidades del mar.

Dibujos, pinturas, grabados, muestran a un *Kraken* envolviendo con sus enormes brazos y tentáculos a una embarcación. Los rostros de los tripulantes son de terror.

- ¡Pero qué esperaban! – se decía Arnau – ¡Todos los animales defienden su territorio! ¡No debieron acercarse!-.

Hoy se sabe que los calamares gigantes no miden kilómetros, pero sí los 18 metros.

Arnau fue a la oficina de su papá que se encontraba en el patio trasero y tomó una regla. Ésta media un metro; necesitaría 18 reglas o 18 veces la misma. Se dirigió a la estancia y comenzó sus cálculos: -¡Oh, por Dios! ¡Es más grande que la sala y el comedor juntos! Siguió midiendo fuera de la casa. Casi se desmaya del asombro; el *Architeuthis Dux* media lo antes dicho más el patio delantero y la mitad de la calle: -¡Enorme!-.

Una tarde que sus padres fueron al hospital a ver a su abuelo materno que se hallaba muy enfermo, vale de paso señalar por fumar tanto, Arnau entró a la oficina y comenzó a dibujar un calamar en el pizarrón blanco. Lo puso parado y caminando; sus brazos los convirtió en piernas; tenía ocho pues. Lo iluminó de rojo con algunos detalles en amarillo. El dibujo medía aproximadamente 170 centímetros.

Su papá no le regañaba por entrar a su espacio y utilizar el pizarrón y los plumones, sin embargo, muchas veces le había señalado que borrara siempre lo que hiciera. ¡¿Pero cómo lo iba a hacer esta ocasión?! Su dibujo le pareció increíble; digno de un artista. Se le quedó mirando un tiempo anonadado por su belleza. No sabe si fue su excesiva concentración u otra cosa lo que le hizo ver que el dibujo se movía. No, no podía ser, pero la posibilidad le pareció maravillosa:

-¡Tener un amigo calamar y llevarlo a la escuela sería genial!

No, no lo borraría, y seguramente sus papás reconocerían su talento y tampoco lo harían. Serrucharían ese fragmento del pizarrón y luego lo enmarcarían para presumirle a la familia el brillante dibujo que había hecho su hijo.

Después de unos minutos más de contemplación, sintió el cansancio en sus ojos. El quería seguir viendo su obra, pero los párpados se le cerraban sin su consentimiento. La faena había sido agotadora; el artista estaba cansado; debía recostarse. –Esto de crear es más desgastante que el futbol o cualquier otro deporte- pensó camino a su cuarto y a la cama que le esperaba limpia, fresca, suave, confortable.

Arnau despertó muy temprano al día siguiente. Inmediatamente recordó su obra de arte y fue corriendo a ver que aún estuviera. Cuando entró a la oficina, le decepcionó mucho percatarse que sus padres la habían borrado. Se enojó mucho con ellos, y llorando les fue a reclamar su injusta acción:

- Pero es que nosotros no hemos hecho nada, hijo. Llegamos, fuimos a ver si estabas bien, te encontramos dormido, luego acompañamos a la puerta a Laura, cenamos lo que nos preparó y nos fuimos a la cama. Bueno, antes te visitamos de nuevo, te dimos un beso y ya. ¿Dibujaste un calamar? ¿No lo puedes volver a hacer?
- ¡Si no son enchiladas papá! ¡Ustedes no comprenden al artista! ¡Era una obra de arte! ¿Qué voy a hacer mamá?

Lo llevaron a la oficina y le pidieron frente al pizarrón que les platicara de su dibujo. Arnau fue tranquilizándose mientras les describía lo que había realizado. Al final de la explicación el entusiasmo volvió a su rostro y les dijo que lo intentaría de nuevo, que si lo había podido hacer una vez, no veía por qué no una segunda y mejor.

Elisa y Roberto dejaron solo a Arnau para que pusiera manos a la obra. Cerró los ojos para recordar su dibujo y comenzó a trazar en su mente la figura. De repente, se escuchó un fuerte golpeteo. Esto lo sacó de concentración y enojado buscó de dónde provenía el ruido. Le pareció oírlo cerca del escritorio; se asomó debajo de éste y…

Lo normal hubiese sido que soltara un grito de sorpresa cuando vio al calamar, pero no respondió así, lo que le vino fue una alegría inmensa y un deseo enorme de llamar a sus padres, pero se contuvo, quería primero cerciorarse de que fuera todo real y no producto de su imaginación. El calamar lo veía con cierta reserva,

agazapado debajo del escritorio. Arnau extendió su brazo para tocarlo y así confirmar que no estaba soñando, pero en ese momento el animal se echó hacia atrás y le escupió algo negro gelatinoso. Arnau esquivó la tinta que iba directo a su rostro y se apresuró a tranquilizar al visitante:

- Sé que es uno de tus mecanismos de defensa, la tinta, pero no te voy a hacer daño, quiero ser tu amigo; soy tu amigo. Te he esperado mucho tiempo; he soñado contigo; hasta tienes un nombre en las situaciones de ti que he fabricado en mi cabeza

El calamar comenzó a expandirse en señal de confianza; se veía más relajado. Se atrevió a salir del escritorio y a acercar uno de sus brazos a la cara de Arnau:

- Hola… ¿Dime? ¿Quieres saber tu nombre?

Con otro brazo tomó una mano de su nuevo amigo:

- ¡William! Así te llamas en mis sueños, en mi imaginación. ¡William, William! ¡Eres real!

Y los dos comenzaron a brincar tomados de las manos, bueno, y brazos, por toda la oficina.

Arnau mantuvo oculto unos días a William, temía que sus papás reaccionaran negativamente; que le prohibieran quedárselo y llevarlo a algún acuario. Curioso, pero William no necesitaba del agua, no se arrastraba, andaba erecto como en el

dibujo, y comía lo que Laura, la sirvienta, preparaba para todos. Otra cosa muy chistosa era que debajo de una de sus pequeñas aletas tenía escrita la siguiente información: *Orden: Teuthida / Género: Cefalópodo.* Arnau sabía por sus averiguaciones lo que eso significaba: -Es tu familia; es tu pedigree; como el que le ponen a los perros- Le causó gracia lo que dijo y se echó a reír, pero a su calamar amigo no le pareció nada chistoso. William se fue enojado, refunfuñando, hacia un rincón de la cocina. Si algo no le parecía siempre escogía ese lugar de la casa para bajarse el coraje. Puro pretexto, era un tragón. El enojo se le olvidaba en cuanto empezaba a devorar lo que había en el refrigerador.

Cuando Arnau por fin se atrevió a comunicarles a sus padres la existencia de William, éstos le comentaron que era normal tener un amigo imaginario, pero que en algún momento tenía que dejarlo ir, por supuesto, cuando él lo creyera conveniente. Y es que aunque el calamar estaba al lado de él, Elisa y Roberto no pudieron verlo. Su comentario no molestó a Arnau, al contrario, se sintió más tranquilo, salvado, porque temía, como anteriormente se dijo, que no aceptarán a William en la casa. -¡Adultos, adultos! – pensaba Arnau, –¡Gracias por estar tan ciegos!-.

Pero no solo no lo veían sus padres; sus amigos en la escuela tampoco. Sin embargo, ello no quería decir que el Teuthido Cefalópodo William no fuera real. Y si no me creen, lean lo siguiente:

Alfredo era un niño al que le gustaba golpear a los demás; en la escuela ninguno de sus compañeros se había salvado de sus puños. A las niñas las molestaba; les ponía apodos, les robaba la comida, se burlaba de ellas cuando la maestra les regañaba… En fin, era un niño difícil; un niño mal educado. Al que más se traía de encargo era a Arnau, pero llegó el día en que le puso un hasta aquí, y fue gracias a William.

Dos meses Arnau se escapó de las garras de Alfredo gracias a que adquirió los poderes de su amigo el calamar. Primero desarrollo la cualidad de camuflarse en el ambiente; cada vez que Alfredo andaba cerca adquiría en su cuerpo el color y un poco la textura de lo que había a su alrededor, y así éste no lo veía y se seguía de filo. Si se encontraba a Alfredo en los pasillos imitaba el color y decorado del piso, si andaba en el laboratorio se volvía gris y brillante como las mesas de metal. Si se lo encontraba a la salida adquiría el amarillo y el escudo de la escuela en el transporte escolar.

Cuando era demasiado evidente camuflarse porque había mucha gente que lo podía descubrir, recurría a la velocidad; en el agua los calamares son velocísimos. Cuando Arnau corría, Alfredo no le veía ni el polvo. Esta característica también le sirvió en el futbol; Arnau se convirtió en la estrella del equipo al sumar 30 goles en tan solo 12 partidos.

La tercera de sus virtudes era un poco desagradable, y por ello casi no la utilizaba. Solo lo hacía cuando Alfredo lo tomaba por sorpresa y ya no le quedaba

otra opción. Primero se sentía mareado y luego con unas inmensas ganas de vomitar; sabía que se trataba de la preparación del escupitajo negro gelatinoso. Si el vómito entraba en contacto con la piel, ésta se ponía roja y se llenaba de granos. Alfredo siempre creyó que Arnau no se lavaba los dientes y que por ello su saliva era venenosa.

Así pasaron dos meses o quizá más, pero un lunes ocurrió algo muy extraño: Arnau se encontraba en la cocina de la escuela desayunando cuando apareció de repente Alfredo. Optó por el escupitajo pero no salió negro ni venenoso, luego corrió, pero su velocidad era la de cualquier niño normal, el camuflaje tampoco le funcionó; había perdido sus poderes.

William lo veía todo muy de cerca. Era momento de que su amigo resolviera el problema solo, con sus propios recursos. Los gigantes ojos del calamar y el niño se encontraron; Arnau captó el mensaje. Estaba harto de ser sometido por Alfredo; tenía que ponerle un hasta aquí al asunto. Cerró sus manos, se echó para atrás, y con toda su fuerza dirigió su puño derecho a la nariz de su acosador. Alfredo cayó al piso y se quedó tendido un tiempo con las manos cubriéndose el rostro. Arnau brincaba de emoción y gritaba una y otra vez que lo había vencido. Sus compañeros se acercaron para felicitarlo, sin embargo, el gusto le duró poco, porque Alfredo apareció frente a él hecho una furia y comenzó a golpearlo. Bastaron tres puñetazos para que Arnau quedara en el suelo, y unos pocos gritos de las niñas para que llegaran los maestros a detener la pelea.

De regreso a casa Arnau se sentía muy orgulloso de sí mismo, a pesar del moretón en el ojo y la sangre en la nariz; a pesar de haber perdido. Pero sí ganó el respeto de sus compañeros, y sobre todo el de Alfredo, que no lo volvió a molestar nunca más.

Cuando Arnau y William desarrollaron un código que les permitió comunicarse con más claridad, trataron el asunto: llegaron a la conclusión de que si bien ese día el utilizar los puños pareció ser la única salida, se debía evitar siempre recurrir a la violencia. Hicieron un pacto: prometieron que nunca más utilizarían los puños, brazos y tentáculos para resolver sus problemas. Y cumplieron, porque las aventuras continuaron, y las complicadas las sacaron adelante con el solo uso de la *razón*.



# Tudo

Los Rastreros no lo dejaban en paz. Corrió varias calles hasta que una malla de casi dos metros le obstruyó el paso. Del otro lado, un perro semejante a un lobo gruñía enseñando sus grandes y afilados colmillos. Arnau debía tomar la decisión cuanto antes de trepar la malla o enfrentar a los tres muchachos que le perseguían. Al doblar la esquina uno de ellos, resolvió brincar del otro lado, a pesar del perro-lobo.

Los Rastreros son una banda de niños que se dedican a rastrear a personas que a primera vista parecen débiles; por ser de baja estatura, o bien gordos o muy flacos y algo tímidos. No saben que la debilidad no tiene nada que ver con eso, que no viene a cuento con los rasgos físicos de alguien o con su forma de ser. Esta idea que tienen de la debilidad proviene de algunos adultos, digamos, torpes.

Arnau es muy inteligente, creativo, valiente, pero es muy flaco, de cabello rebelde y aún no ha dado el estirón.

Después de que Los Rastreros ubican a su presa, la acorralan y normalmente sólo la humillan con insultos, aunque no falta un avanzadito que también suele hacerlo con trancazos.

El perro por su semejanza con el lobo seguramente pertenece a la raza de los *Malamute* o a la del *Husky Siberiano*, tal vez sea una mezcla de ambas. Es color blanco con gris y quizá tiene 2 años sin bañarse. Parece más *Alaska Malamute* que *Siberiano* porque tiene el pelo algo largo. Por supuesto, ya se le han hecho nudos por todo el cuerpo, lo que lo asemeja a uno de esos hombres que traen el cabello trenzado de modo natural formando lo que se llaman rastas. Estos personajes son originarios de Jamaica y gustan de la música *Reggae*. *Rastafaris* les dicen.

Este perro lobo aún sin nombre, se ha dado cuenta de la situación de Arnau, y cuando lo ve caer de la malla no lo ataca a él, sino a Los Rastreros que también quieren entrar a su territorio.

-¡Nos volveremos a ver Arnau!- le grita uno de los bandidos. Comienzan a andar hacia atrás amenazados por las embestidas furiosas del perro lobo frente a la malla.

Inmediatamente después el can dirigió su mirada penetrante a Arnau. Éste creyó que estaba perdido, que lo mordería tal vez en una pierna o un brazo, pero el perro lobo bajó su cola y le lanzó un suave ladrido, luego se le acercó, lo olfateó

unos segundos, gimió, dio la vuelta, y se echó sobre su pecho con una cara de sufrido que no vieran.

Arnau extremó precauciones, y mientras el perro lobo lo auscultaba no se movió ni un ápice y contuvo la respiración. Con el can echado, caminó sigilosamente hacia la malla, la escaló, y ya del otro lado, le agradeció en voz alta: “¡Gracias!”

Arnau pensó, mientras caminaba hacia su casa, que el perro lobo se parecía a uno de esos hombres de Jamaica por rastudo.

–¡Tudo!- así lo llamaré si lo vuelvo a ver.

Tudo tiene 5 años. En años perro, según una fórmula tradicional, los primeros dos años se cuentan normal, y los siguientes valen por siete, así es que Tudo tiene realmente 23 años; es un jovenzuelo.

Perdió a toda su familia cuando apenas era un cachorro. Tenía dos hermanas y a su madre; al que nunca conoció fue a su papá.

La madre, una *Alaska* preciosa, un día se escapó de la casa de sus dueños y luego ya no supo cómo regresar. Vivió en la calle durante un tiempo hasta que un anciano se apiadó de ella y la llevó a su negocio. El señor vendía tacos al

pastor que era el alimento diario de la *Alaska;* comía las sobras que dejaba la gente. Con esa dieta poco a poco fue perdiendo su figura, y más cuando tuvo a Tudo y a las hermanas de éste. Sin embargo, si bien ya no era bella por fuera (según el canon social), lo seguía siendo por dentro; ahora más; las experiencias de la vida la habían convertido en un perra divina del alma.

Tudo ya superó la muerte de su familia, de hecho no recuerda cómo es que murieron, primero por el transcurrir de los años y luego porque era casi un bebé cuando todo ocurrió; cuando es uno chiquito-chiquito las cosas no se graban bien en la mente. Tudo tiene recuerdos muy vagos, y en ellos, su madre y hermanas están felices.

Arnau se había hecho de muy buenos amigos en la escuela después de que se defendiera de Alfredo y de que se sintiera más a gusto consigo mismo. En algún momento de su niñez perdió su seguridad. Los niños confían en sí mismos hasta que comentarios de los adultos sobre diferentes cosas provocan en ellos dudas sobre su grandeza; sobre todas aquellas características que los hacen únicos; si éstas son bonitas o feas; si son buenas o malas. Sin duda, gracias a la influencia de William, Arnau volvió a creer en quien era cuando tenía 5 años; un chico flaquito, bajito y de cabello hirsuto; un chico inteligente, simpático; único; admirable. Esta seguridad en sí mismo le trajo una vida llena de alegrías, y le ayudó a resolver de mejor manera los problemas que le llegaron a tocar.

De entre los excelentes amigos que hizo estaba Pablo, un chico gordito, alto, pecoso y muy inteligente. Tras ir al cine a ver una película de súper héroes, los amigos decidieron pasar a comprar un helado al mercado de la colonia, al llegar, Arnau reconoció a Tudo y corriendo se acercó a él, gritándole a Pablo que conocía a ese perro.

Tudo cojeaba de una pata; tenía un poco de sangre en ella. Los Rastreros habían regresado al callejón, lo acorralaron y apedrearon. Tudo alcanzó a morder a uno de ellos. A Arnau le quedó claro que habían sido Los Rastreros quienes le habían hecho daño, porque días antes vio a Oliverio con la mano izquierda vendada.

A Arnau le irritó sobremanera lo que le hicieron a Tudo. Ya estaba harto de que esos muchachos malcriados fastidiaran tanto a todo mundo. Se prometió pensar en algo para acabar con los abusos de Los Rastreros, pero antes consideró oportuno llevar a Tudo a su casa para curarlo con la ayuda de sus papás.

Los cuatro, Pablo, Arnau, Elisa y Roberto, intervinieron en los cuidados a Tudo: le limpiaron las heridas, le hicieron un caldito de pollo en el que vaciaron, ya hecho polvo, un analgésico para quitarle el dolor de los golpes que recibió, y por último, pero al día siguiente, le dieron un buen baño porque estaba, como ya se insinuó, bastante mugroso. Tudo se puso un poco rejego, ya se había acostumbrado a andar así; ya había olvidado todo el proceso; que lo enjabonaran

y tallaran fuertemente, y que le echaran agua a cada rato. No mordió a nadie, pero sí se movía constantemente, primero buscando escapar de su suplicio, luego ya nada más para hacer enojar a Arnau.

Sí, Tudo terminó por divertirse con el baño, y cuando se acabó éste y sintió que ya no lo sujetaban, se echó a correr loco de contento.

El perro es considerado el mejor amigo del hombre, por su nobleza, por su solidaridad cuando hay algún problema, también porque ha ayudado en muchas actividades que el ser humano ha realizado a lo largo de la historia, como la caza o el rescate. Hoy, sobre todo, los perros son mascotas. Tudo lo fue, hasta que un día la familia que lo cuidaba dejó su casa olvidándose de él*. Al más joven de sus dueños le desagradaba algo de su aspecto; Tudo es ligeramente bizco. Esta característica en uno de sus ojos provocaba que la gente lo mirara morbosamente y se burlara de él. A Tudo no le importaba en lo más mínimo, pero al joven de la familia tal diferencia en su perro le avergonzaba y lo cegaba. Concentrado en el detalle del ojo de su perro, jamás pudo ver las magníficas cualidades con las que contaba.

Como todos los perros, Tudo tiene un olfato poderosísimo; puede reconocer un olor a 2 kilómetros de distancia. También es muy fuerte y resistente a las bajas

temperaturas. Estas razas, *Malamute y Husky Siberiano*, ayudan al hombre en zonas gélidas a jalar trineos largas distancias.

Por supuesto, Tudo también es muy inteligente, pero lo sui géneris en él, la característica de la cual goza a diferencia de otros perros y que lo hace único, es su fuerte ladrido. Con él aturde a sus agresores, provocándoles un fuerte dolor de cabeza. Por ello es que no utilizó su ladrido cuando protegió a Arnau de Los Rastreros, para no generarle también a él una jaqueca.

¿Has escuchado a algunos tenistas, sobre todo mujeres, que gritan cuando le pegan a la pelota? Bueno, pues lo hacen para darle con más fuerza, y también, aunque no lo reconozcan, para aturdir a su contrincante.

Nuestro querido Tudo es entonces un perro extraordinario, que ya bañado, viéndolo bien, y a pesar de las rastas que le cuelgan, parece más un *Alaska* que un *Husky* (sabemos que su mamá era *Alaska*). Arnau revisó en sus ingles y otras partes de su cuerpo para ver si le encontraba pedigree como a William, pero no halló nada. El desconocimiento absoluto de la raza de su padre no nos permite saber si Tudo es de una sola raza o una combinación de dos, es decir, mestizo, lo cual, realmente, no es importante.

En los días de recuperación de Tudo, viéndolo progresar, Arnau recordaba constantemente la razón del estado de su nuevo amigo. Se le ocurrió una idea que le pareció magnífica para acabar con las fechorías de Los Rastreros: crear un equipo de defensores de las causas justas. Tendrían un nombre y su cuartel sería el callejón de Tudo. Conformarían al equipo por orden alfabético: Alicia, Alfredo, Mar, Pablo, Tudo, William y él.

Sí, Arnau lo dibujaría para traerlo de vuelta.

¡William resucitará!



# Nous

Hace mucho que William se había ido, así lo decidió Arnau, consideró que debía dejarlo descansar después de tantas aventuras juntos, y porque quizá, aunque William nunca le insinuó nada, también tendría muchas cosas qué hacer del otro lado. No quería abusar de la compañía de William; del tiempo que éste le dedicaba. Además, sus enseñanzas, su apoyo, su confianza, lo habían hecho más seguro; sentirse capaz de hacer las cosas por sí mismo.

Se sentía muy agradecido con William, y aunque en muchas ocasiones le expresó su agradecimiento, creyó mejor retribución, recompensa, darle su libertad.

Arnau dibujó muchas veces a William antes de dejarlo ir.

Cuando lograron comunicarse con mayor eficacia por la práctica constante del código que habían creado (el calamar grabó en su memoria figuras, signos, incluidas letras, que plasmaba de manera ordenada en su cuerpo para expresar alguna idea), William le dijo a Arnau que su tiempo de vida era muy corto, bueno, según la percepción que tenían del tiempo los humanos, porque para él era el

tiempo ideal; un mes, un mes aproximado de vida, poco menos, poco más. Arnau se puso triste, estuvo a punto de escurrírsele una lágrima, pero William le devolvió su alegría cuando le recordó cómo había llegado a este mundo, es decir, dibujándolo. Arnau podía dibujarlo cuantas veces quisiera para traerlo de vuelta; a la vida de este lado.

Y así lo hizo hasta que después de varios meses lo dejó ir.

Era momento de resucitarlo, quería compartirle su idea e invitarlo a formar parte del equipo de defensores de las causas justas.

Lo dibujó por la noche, y cuando regresó en la mañana a la oficina de su papá el dibujo ya no estaba, pero sí el William real sentado en el escritorio con las piernas cruzadas, perdón, los brazos.

Después de un fuerte abrazo y lágrimas de alegría, compartieron las experiencias que cada uno tuvo en su mundo. William expresó en su cuerpo formas de descanso, contemplación, reflexión, de divertimentos y alegrías, mientras que Arnau platicó todo sobre lo ocurrido con Los Rastreros, sobre su idea de formar un equipo y sobre su nueva amistad: Tudo.

William y Arnau meditaron sobre el posible nombre para el equipo, pero no llegaron a ninguna conclusión; no hubo nombre que los convenciera. Se hallaban frustrados por no lograr su objetivo cuando de repente escucharon un gemido; era

Tudo que desde el vano de la puerta olfateaba y miraba con curiosidad a William. No percibió peligro para Arnau ni para él, así es que se acercó a William moviendo la cola, éste lo abrazó del cuello con dos de sus brazos y Tudo le lamió el rostro.

Los tres salieron de la oficina; primero Arnau y luego los animales. Un director de cine en la edición de la escena habría pedido que la pusieran en cámara lenta: los tres héroes, líderes del equipo, rumbo a su destino, la transformación del mundo en uno mejor.

Habían quedado de verse con el resto de la banda en el callejón donde viviera Tudo, mismo que el perro-lobo aún visita, pero en el que ya no duerme porque se queda en el jardín de Arnau. La casa roja de madera que habita es semejante a la de Snoopy, ese perro famoso blanco con negro amigo de Charlie Brown.

En el camino William y Tudo se pusieron al corriente de sus vidas; sin sonidos, ni señales o dibujos en sus cuerpos. Lo hicieron en un lenguaje sólo conocido por los animales; invisible para el hombre, y si lo viera, indiscernible.

Al callejón ya habían llegado Alicia, Alfredo, Mar y Pablo.

¿Recuerdan a Alfredo?

Sí, es el mismo niño que se surtió a Arnau. A los días de haberle pegado, su mamá lo reprendió fuertemente y le exigió que fuera a su casa a pedirle disculpas, Alfredo le dijo que no sabía dónde vivía, pero ésta marcó a la escuela para hablar con el director y conseguir la dirección. Fue Arnau quien abrió la puerta, y le extrañó sobremanera el encontrarse con el rostro rojo , entre enojado y apenado, del grandulón de Alfredo.

Fue muy estresante para ambos niños pedir disculpas y aceptarlas; la presión que los adultos, Elisa, Roberto y la mamá de Alfredo, ejercían sobre ellos, era aplastante. Arnau fue quien rompió con la tensión al invitar a Alfredo a subir a su cuarto a jugar. A partir de ese día se hicieron amigos, compartían el gusto por varios juguetes, películas, canciones y videojuegos, y aunque más tiempo de convivencia habría sido un aglutinante poderoso para afianzar su relación y convertirse en los mejores amigos, el destino no lo quiso así; se veían muy poco debido a que Alfredo dejó la escuela y se había ido a vivir más lejos.

Sin embargo, cuando Arnau le platicó la idea de formar una banda para ayudar a los más débiles (débiles según la sociedad), Alfredo le contestó que él le entraba y que estaría siempre a disposición del grupo; que la distancia no se lo impediría.

Todos se saludaron muy contentos, y a Tudo le hicieron todos los cariños del mundo después de que Arnau lo presentó. Pablo les presumió que ya lo conocía, y añadió, dirigiéndose a él, que le daba mucho gusto verlo sano de su pata. Mar reparó en que Tudo miraba hacia algo a su derecha y que lengüeteaba el aire. -Está un poco loco, ¿no?- dijo sonriente, a lo que los amigos respondieron de buena gana con risas. Tudo miraba y lengüeteaba a William, a quien además de Arnau nadie más veía.

En eso estaban cuando de repente escucharon a alguien llorar. Alfredo se llevó un dedo a la boca sugiriéndoles silencio a sus amigos, e indicándoles con la otra mano que se escondieran detrás del contenedor de basura. El llanto se escuchó más claramente cuando un niño dobló la esquina hacia el callejón. Alfredo miró por encima del contenedor y dijo en voz baja que era Oswal; uno de los Rastreros.

Sólo Arnau no hizo cara de molestia, suponía que Oswal por alguna razón no la estaba pasando bien y decidió salir del escondite discretamente para no perturbarlo. Se podría esperar que Oswal reaccionara con ira para disfrazar su vergüenza de haber sido descubierto llorando, buscando golpear a alguien para dejar claro que no era ningún frágil bebé, sin embargo, su respuesta fue la de un niño no condicionado por sus padres a ocultar sus emociones por ser hombre; Oswal se sentó en una caja al ver a Arnau y a los demás y continuó llorando con su cabeza entre las piernas.

Alfredo fue el primero en acercarse, puso su mano en la cabeza de Oswal; no hizo más. Acto seguido los demás lo rodearon; guardaron silencio; lo dejaron llorar. Minutos después Oswal habló:

-Mi hermanito se chupó una colilla de cigarro que dejó mi papá. Temblaba mucho en la cama y estaba amarillo. Ya llevan dos horas en el hospital. No hay nadie en mi casa; estoy solo.

Entonces Arnau se puso en cuclillas frente a Oswal y con la mano derecha le levantó suavemente la cara desde su barbilla: -No estás solo, estamos nosotros- le dijo. Tudo aulló y le lamió la cara; le arrancó una sonrisa. Luego Oswal sintió un calorcito reconfortante en toda su piel; William lo estaba abrazando con cuatro de sus brazos.

En el cuerpo del calamar, mientras abrazaba a Oswal, aparecieron cuatro letras; el nombre de la banda:

**NOUS**


NOUS

# Un discurso inteligente

***Nous*** significa *inteligencia* y en el idioma francés quiere decir *nosotros.* Cuando William percibió en sus entrañas una fuerza muy poderosa de solidaridad que emanaba de cada uno de los integrantes del grupo, fue que sin mucho esfuerzo, como por arte de magia, apareció la palabra *Nous* en su cuerpo.

William era un calamar muy sabio, por tantos mares recorridos en el otro lado, de allí que conociera el concepto de *Nous* y su significado. El “nosotros” quedaba perfecto para ese grupo de niños, calamar y perro, que compartían las mismas emociones, gustos, ideas y metas.

Tenían entonces el nombre, el cuartel, y ya había quedado establecido el número de integrantes; Oswal se había unido de muy buena gana a la banda.

Por supuesto que las puertas estaban abiertas para el que quisiera formar parte del equipo; no había un cupo limitado y para los *Nous* mejor que fueran más; ¡muchos!

Arnau y Pablo vieron varias veces a Oswal en su casa. Su hermanito se había recuperado totalmente. Cuando lo conocieron se dieron cuenta de que era exactamente como les había platicado Oswal; ¡tremendo! Muy inquieto, con mucha energía. Oswal en broma decía que su hermano era como un tornado.

A Arnau le cayó de maravilla. Diego, dieguito como le decían sus papás, además de su vivacidad, contaba con una dulce sonrisa por la cual Arnau sentía un especial apego; le hacía sentir muy feliz, con ganas de él mismo traer esa sonrisa de manera permanente en su cara para compartirla con sus conocidos, y que éstos a su vez sonrieran y contagiaran a otros, sobre todo a los adultos, que la mayor parte del tiempo parecían tristes o enojados, demasiado concentrados, sin la memoria de su niñez, separados totalmente de ella. Dieguito era la felicidad, y Arnau deseaba para todos esa plenitud que sentía cuando estaba con él.

Oswal era un poco más grande que ellos y por lo tanto con mayor experiencia, y aunque se sentía muy feliz de formar parte de los *Nous*, su rol de -el más grande- con muchas cosas que enseñar, era un plus que lo hacía sentir todavía más contento.

Y si Arnau se había encariñado con Dieguito, Oswal y Tudo se habían hecho cómplices de las acciones más atrevidas. Eran unos locos cuando jugaban; saltaban, se arrastraban, rodaban uno sobre el otro por el piso sin temor a que alguno fuera aplastado. Y bueno, de andar en bicicleta, correr por las calles, brincar las bardas, ¡qué les digo!... Temerarios como ninguno; niño y perro.

Un día todos los *Nous* reunidos platicaron sobre el plan a seguir para acabar con Los Rastreros. Pablo escuchó un día a sus papás sobre que lo mejor que se puede hacer para vencer a un enemigo numeroso es separar a sus soldados. Recuerda perfectamente que con el rostro sonriente y las manos apretadas al aire, su papá sentenció: “Como dijo Napoleón, ¡divide et impera!”.

Los *Nous,* cuando Pablo les contó, la consideraron una excelente idea, pero ahora tenían que pensar como provocar que Los Rastreros se separaran. A Alicia se le ocurrió que Oswal, que ya los conocía y que no les había dicho formalmente nada de separase de ellos, continuara frecuentándolos, para desde adentro hablarles de lo bien que se siente hacer el bien; de que lo que ellos hacen no les trae ningún beneficio real y sí mucha tristeza para los niños que molestan, y un seguro arrepentimiento futuro lleno de vergüenza para ellos.

Oswal puso manos a la obra, convivió bastante con Los Rastreros, sin dejar de ver a los *Nous.* Cada vez que hallaba una oportunidad la aprovechaba para tratar de convencerlos de no hacer cosas malas. Por supuesto, era muy discreto; hablaba bajito apartando a su interlocutor o interlocutores de los demás. Empezó por tratar de convencer a los que consideraba que podrían cambiar su actitud.

Iba muy bien con la estrategia sugerida por Alicia, pero un día se vino todo abajo, Oswal ya no pudo fingir estar de acuerdo con las malas obras de Los Rastreros. Fue cuando, precisamente, el que se hallaba siendo atacado era Alfredo. Sí, antes un buleador, pero en el fondo, que es donde se encuentra lo

más importante, un chico tierno, comprensivo, solidario, humilde, bueno. Y, al fin y al cabo, dos o tres años menor que ellos.

La diferencia de edad nunca ha detenido a los malhechores; a menos que esta diferencia no les convenga, a menos que se hallen del otro lado; por debajo de sus presas en edad, estatura o corpulencia. ¡Cobardes! Cuando es así, salen corriendo con la cola entre las patas.

Oliverio, el líder de Los Rastreros, le dio una fuerte cachetada a Alfredo dejándole de inmediato la mejilla colorada. Éste se habría defendido de no ser porque de inmediato le rodearon cinco, incluido Oswal, quien tardó solo un instante en reaccionar para ponerse frente a Los Rastreros.

-¡Esperen!- les gritó, -que, que…- tartamudeo, tenía que ser muy inteligente en lo que dijera, utilizar las palabras correctas para salir lo mejor librado del conflicto, y no golpeado junto con Alfredo. Tenía que salvar a los dos.

Y entonces se le ocurrió; la idea la expresó así:

-¿Saben qué? Yo creo que no basta con darle una leccioncita a éste. Yo digo que vayamos por todo, no nos vamos a agarrar a cada uno a golpes, no, lo que quiero decir es que les quitemos su guarida, les obliguemos a que cada semana nos den una lana y nos besen la mano cuando nos vean, y de paso que nos den a su perro, la neta me late bastante el lobito ese

-Va, va- dijo Oliverio, -pues de una vez, paluego es tarde

-No jefe, hay que humillarlos. ¿Te acuerdas que una vez vimos unos partidos de futbol en su escuela? El tal Arnau, ¿te acuerdas que metió varios goles? Se cree mucho el flacucho ese, hay que bajarle los humos. Yo digo que los retemos a un partido y les pongamos una bailada, y que el trato sea: pierdes y nos quedamos con todo, y lo del pago semanal y que nos traten como reyes, ¿cómo ves, jefe?

-Ja, ja, ja, amigo Oswal, qué buena idea. Yastás, los buscaremos mañana, pero este imbécil no se va sin unos moretones.

Alfredo se quedó solo tirado en el piso, luego de que le dieran unos cuantos puñetazos y patadas. No lloró, aunque tenía muchas ganas de hacerlo, no tanto por el dolor de los golpes, más lo deseaba por el coraje que sentía de haber sido humillado de tal forma, por el odio que sentía hacia Los Rastreros. Se acordó cuando él era semejante a ellos, no tan cruel pero muy parecido, y entonces comprendió que tal conducta, que la violencia, era algo asquerosamente bajo, de salvajes, de estúpidos, de…

Apareció Oswal, había vuelto minutos después. Les pretextó a Los Rastreros que tenía que ir a su casa corriendo, que le había mandado un mensaje su mamá al celular. Cuando Alfredo lo vio, hasta ese momento, lloró; se desahogó.

Alfredo se recargó en el hombro de Oswal y caminaron juntos. Pasos después el herido comenzó a reír, entrecortadamente, por el dolor en sus costillas que le producía hacerlo:

-Creo que el golpe que más me duele es el que me diste tú

-Ja, ja- le acompañó Oswal en su ocurrencia, -lo siento, según yo no lo hice tan fuerte, perdón, tenía que guardar las apariencias

-No te preocupes, lo que nos debe preocupar es ese partido de futbol

-Tampoco, entrenaremos y les ganaremos

-Sí… ¿Crees que se la hayan creído? ¿No estarás tú en peligro con Los Rastreros? Primero la idea del partido, estoy seguro que sin tu genial ocurrencia me habría ido mucho peor, luego el supuesto mensaje de tu mamá. No creo que Oliverio no se haya dado cuenta de algo

-Mmm… volveré a ser como era antes de conocerlos a ustedes; un idiota; y así alejaré sus sospechas de mí. Descuida, ahora lo más importante es que tú estés bien; que te mejores… Ojalá hubiera podido evitar que no recibieras ni un golpe…, lo intenté. Oswal sacó de su morral una botella con agua y se la dio a Alfredo.

-Gracias… Gracias por todo.

-De nada; somos amigos, ¿no?

-Sí, claro que sí





# El entrenamiento

Tudo ladró con todo su poder cuando el balón empezó a rodar más rápido; los *Nous* se llevaron las manos a los oídos; -¡Dios santo!- murmuró Pablo, -pero qué fuerte ladra-. Arnau se acercó a Tudo para tranquilizarlo; lo acarició y le pidió amablemente que dejara de ladrar. William también le pidió que le bajara a su escándalo en su muy particular forma de comunicarse con él; sin palabras.

Llevaban ya unos minutos entrenando, pero no había sido, hasta que decidieron echarse una cascarita, que Tudo empezó a ladrar como loco y al volumen aturdidor que ya le sabíamos. Era su primera visita al entrenamiento y no le había ido nada bien. Persuadido por sus amigos, entendió que lo mejor era guardar silencio, pero que si le costó trabajo, cuando la pelota rodaba a velocidad, le daban unas ganas tremendas de ladrar. Para él era muy gratificante impulsar aún más el balón como también lo lograba con las llantas de un coche en movimiento. Lo que los demás no ven es, precisamente, que los ladridos de un perro aceleran un poco la acción de los cuerpos que rotan.

Días antes Oliverio habló frente a frente con Arnau. No esperó ninguna respuesta, sólo espetó la información:

-Jugaremos un partido de una hora, dos tiempos, cinco contra cinco, puede haber cambios. Será el último día de clases a las cinco de la tarde, en el campo de mi escuela. El que gane se quedará con el callejón y recibirá cien pesos semanales del perdedor. ¿Quedó claro? ¡No me interesa!... ¡Ah! También nos quedaremos con su feo perro bizco, es para uno de los nuestros, no sé qué le ve Oswal, pero lo quiere.

Arnau ya sabía por Oswal del partido, del enfrentamiento que tendrían con Los Rastreros, por ello no le cayó de sorpresa la irrupción de Oliverio cuando salió de la escuela.

Sólo les quedaban quince días para entrenar. No podrían jugar, practicar las estrategias, estando Tudo presente. Pasados unos minutos, Arnau se percató del sufrimiento de Tudo al no poder satisfacer su necesidad de ladrar. Podrían ponerle un bozal, sí, eso evitaría que ladrara, pero seguiría padeciendo el deseo de hacerlo. Un bozal no sería justo.

El entrenamiento, esta vez, había llegado a su fin.

Pablo arrancó corriendo hacia su casa; algo raro se traía desde la semana pasada; todos habían reparado en ello. Ni Arnau sabía lo que le ocurría. Se lo preguntó una vez muy seriamente, imitando la postura de sus papás cuando hablaban con él sobre cosas importantes:

-¿Qué te ocurre? ¿Está todo bien?

-No tengo nada, estoy perfectamente bien- le contestó Pablo sonriente.

En lo que Pablo andaba ocupado era en sensaciones nuevas; en un sentimiento desconocido para él: el amor; un amor distinto al que sentía por sus papás y sus amigos. Estaba enamorado, y lo que le generaba tanta felicidad era que Nina correspondía a su amor.

Nina y Pablo se veían por las tardes en el parque frente a sus casas; eran vecinos y ello les facilitaba mucho las cosas. Su amor también había convertido a Pablo en un mejor jugador; con mejores ideas al momento de decidir qué hacer con el balón, y con mucho, mucho más entusiasmo y energía positiva.

Pablo y Arnau eran quienes formaban la delantera; en el medio campo estaban Mar y Alfredo que bajaban seguido a la defensa; Alicia de portera. Su estrategia era 100% ofensiva; atacar todos cuando tuvieran que hacerlo y defender de igual forma. Sí, no sólo Mar y Alfredo iban y venían, lo hacían todos.

La primera etapa del entrenamiento había consistido en adquirir condición física. La semana 1 corrieron, dieron varias vueltas al campo de fútbol, hicieron

sentadillas, lagartijas, y barra en el pasamanos del parque en la colonia de Mar. La semana 2 trabajaron en el manejo del balón. Ninguna de las niñas había jugado antes futbol, pero fue una gran sorpresa, hasta para ellas mismas, lo bien que dominaban el esférico y su posición dentro del campo; tenían muy claro cómo ubicarse y moverse. A diferencia de los hombres para ellas era más que evidente la importancia del trabajo en equipo. El futbol era eso: Un juego de conjunto. No eran envidiosas con el balón.

Mar resultó un *crack,* era buenísima manejando la pelota y excelente distribuyéndola hacia el frente, por ello es que se decidió que se quedara en la media. Le preocupó un poco la falta de coordinación en el equipo. Un día en su clase de danza, viendo la sincronización que lograban sus compañeros cuando bailaban, se le ocurrió ponerlo en práctica con los *Nous*, no para que bailaran durante el juego, sino en los entrenamientos para mejorar, primero la motricidad de cada quien y luego la coordinación de todos en conjunto.

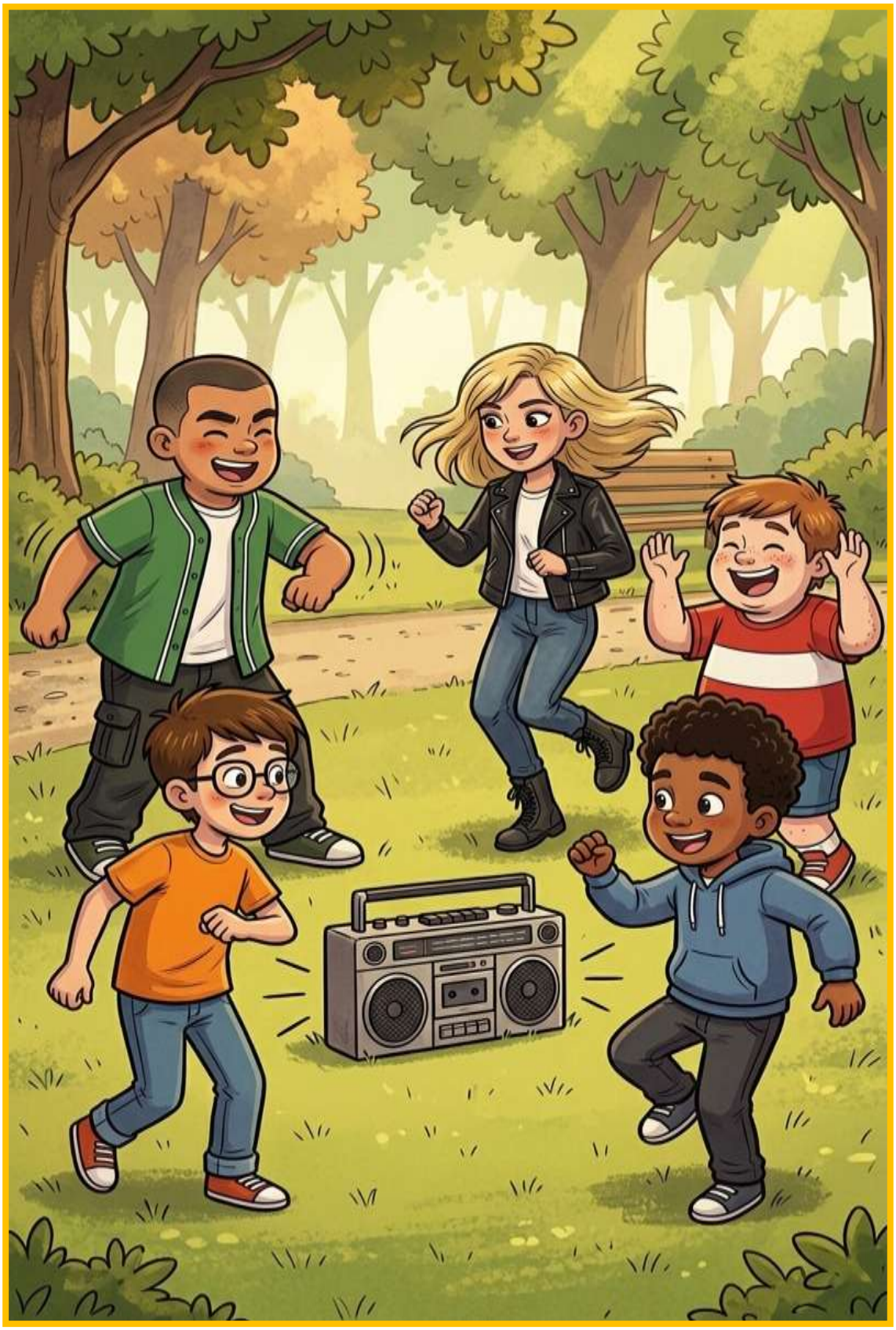
Sí, con una coreografía de una rola podría lograr su objetivo. Oswal fue quien propuso la canción; le gustaba mucho; tenía ritmo y era divertida. Se la puso a Mar desde su celular y también a ella le encantó. Al tercer día de la segunda semana de entrenamiento llegó con una grabadora y con la coreografía lista. Fue autoritaria, suavemente autoritaria; no sometió a votación su idea; además sabía que contaba con el apoyo de Oswal que en esta ocasión estaba presente en el entrenamiento. Mar le dio indicaciones a cada uno de dónde colocarse y qué

hacer, puso la música y comenzó a bailar. –¡Ustedes imítenme!- les gritó a sus amigos.

La música hizo su trabajo; llegó al cuerpo y al espíritu de cada uno. Bailaron como les pidió Mar, sacaron los primeros pasos, luego los siguientes, repitieron otros, aprendieron más. Lo ensayaron todo una y otra vez, sin balón al principio, con balón al final. -¡Pero qué maravilla!- contento se explayó Arnau. La rola “Eez-eh” de *Kasabian* terminarían tarareándola todos de regreso a sus casas. Ninguno se quejó de la imposición de Mar, comprendieron de inmediato cuál era su intención.

La música y el baile generaron en cada uno de los *Nous* un sentimiento de poder; una fuerza de voluntad para alcanzar lo inalcanzable; ¡claro que podían vencer a Los Rastreros! La victoria era más que posible.

William bailó como ninguno, por supuesto, tenía con qué, sólo 8 brazos, o piernas. Terminó agotado.



# Lenguaje de señas o Posesión u Ovejero australiano

La semana anterior al gran juego los *Nous* se dedicaron a las cascaritas para manejar mejor el balón; para entenderse mejor en el campo. Varias veces cambiaron de posición, esto con el objeto de conocer mejor cada una de las funciones; de ser empático con las responsabilidades de todos. A Arnau, de esta práctica, se le ocurrió que podrían hacer lo mismo en el gran juego; cambiar de posiciones; seguro tanto movimiento descontrolaría al contrincante.

Tendrían varias señales para hacer las diferentes rotaciones, no más de tres para no volverse locos ellos también. Alicia tenía una prima adolescente que no podía hablar; se comunicaba a través de señas. Había aprendido a vivir con esta condición, y no pocas veces repetía que le agradecía a dios sólo haber perdido la voz, y no el oído también. Juliana, como se llamaba la prima de Alicia, amaba la música; el *Rock.*

En su ropero no había ropa, no mucha, pero sí una amplísima colección de casetes. Las paredes de su cuarto estaban tapizadas con *posters* de sus solistas y

bandas favoritas. Cuando Alicia veía los *posters* de *Radiohead* y David Bowie, recordaba, con el rostro sonriente, la peculiaridad de Tudo en su ojo; Thom Yorke, el Camaleón y Tudo, compartían una visión única.

Cuando Juliana escuchaba una rola que le gustaba mucho, con sus manos al aire y loca de contenta, expresaba con señas: “Te amo”.

Alicia le mostró a Arnau cómo lo hacía Juliana, los *Nous* decidieron que utilizarían las mismas señas para las tres rotaciones, sumando al conjunto, solamente al final, un beso en el dorso de la mano para el segundo movimiento, y un beso dirigido con la mano para el tercero.

Quien decidiría cuándo cambiar de posición en el campo sería Arnau; comunicaría la señal luego de un silbido.

Los *Nous* estaban listos y contentos en espera del gran juego. Los nervios y el temor vendrían un poco después, más aún luego de la sorpresa que recibirían.

La tarde estaba pintada de gris. Sí, los bloques de cemento del camino hacia la entrada de la casa, el césped en el patio, el coche del papá de Arnau, el pavimento de la calle, los árboles en la banqueta. Gris también era el ánimo de los dos amigos, y todo por lo nublado del cielo. No tardaría en llover.

Quizá también el color de la tarde se debía al silencio; a la introspección en que se hallaba Pablo. Arnau le preguntó que qué le ocurría. Pablo tardó en contestar un par de minutos, tal vez un poco más:

-Mmmm, me enojé con mi novia

-¿Cómo? ¿Tienes novia?- Arnau le preguntó sorprendido.

-Sí

-¡oh! ¿No estamos muy chicos para…? Bueno, yo no tengo. ¿Y qué? ¿Cómo es?

-Bonita

-No, ¿que cómo es tener una novia?- curioso siguió con el interrogatorio Arnau.

-Padre, me gusta estar con ella, nos divertimos mucho. Le gustan los video juegos, aunque a ella le gustan unos y a mí otros.

-Mmmm, ¿se besan? A Arnau le urgía enterarse de esas cosas de las que había escuchado platicaban los adultos o algunos chicos en la secundaria de su escuela, o que veía en las películas.

-Sí- contestó Pablo con seguridad.

-Mmmm, bueno, es que, bueno, no sé, a mí, pues, te digo, ¡qué no estamos muy chicos! A mí pues me gusta Sahyan, una chica de mi salón, pero, no sé; no quiero tener novia

-Se siente bonito agarrarla de la mano, y besarla más

-No, no- Arnau ya no sabía dónde meterse, estaba muy nervioso.

-Yo creo que el que tenga novia en algo se debe a que mis papás me tratan como un adulto; ¡siempre! Me cuentan que desde chiquito, más chiquito, me

explicaban las cosas tal y como eran, que sólo utilizaban palabras más sencillas. Así me explicaron por qué mi papá dormía en el cuarto de atrás y ya no en la cama con nosotros. Dormíamos los tres juntos hasta que decidí pasarme a mi cuarto. Me dijeron que se peleaban mucho y que no querían que los escuchara, que necesitaban un poco de espacio, y me aseguraron, me recalcaron, que en nada tenía que ver conmigo; que el hecho de que mi papá durmiera en otro cuarto no significaba que me dejarían de amar, o que ellos no se quisieran, que simplemente su manera de quererse había cambiado. En ese entonces me gustaban los *X Men;* de allí salió la palabra para mi pregunta: -¿Mutó?-, - sí hijo, mutó nuestro amor- me contestó mi mamá.

La verdad tenía tan claro cuánto me amaban que me pareció fuera de lugar su aclaración de que no me dejarían de amar. ¡Pues no, claro que no! Mi papá sólo se fue a vivir a unos pasos más lejos de nuestras recámaras, y hasta creo que este cambio hizo crecer nuestro amor; el de los tres.

Tenía 7 años cuando se dio la separación y con esto vino algo que me encantó; tener dos casas en una sola. Cuando me aburría de estar en la casa con mi mamá, me iba con mi papá. Algunas veces no estaba, pero nunca me prohibió entrar. Si no lo encontraba en su cuarto me acostaba en su cama, y casi siempre me quedaba dormido, pero si no me vencía el sueño me ponía a leer libros que me llevaba o bien las revistas de aviación que él amaba y que a mí también me fueron gustando poco a poco, sobre todo por las imágenes de los aviones que se

han diseñado en toda la historia; el catálogo de tipos es impresionante. Mi papá siempre quiso ser piloto, pero su problema de la vista se lo impidió.

Claro que convivíamos los tres, a veces en el desayuno, otras en la comida, y así, a veces veíamos películas juntos o un programa de televisión. Lo seguimos haciendo, todo lo que te acabo de decir, pero ahora yo paso más tiempo en mi cuarto; leyendo, leyendo mucho. Me gusta leer.

Y sí, los veo más felices desde que se separaron un poco; se llevaron, se llevan mejor. Ellos creyeron que no me había percatado de que se peleaban, pero la verdad es que sí me daba cuenta, y sus peleas me hacían sentir, no sé, extraño, incómodo. Hace poco les confesé que lo había visto y escuchado todo; se pusieron rojos de vergüenza: -Ya, ya, está superado- les dije.

Mmm…, eso pasó…, me sentaron en el sillón, y los dos desde la mesa de centro de la sala, me explicaron por qué tomaron esa decisión.

Arnau escuchó atento a Pablo, lo admiraba por ser tan maduro. Era verdad que sus papás eran algo raros; raros por diferentes. Los conocía y parecían más jóvenes de lo que eran. Su relación era mucho menos formal que la relación de sus papás; parecían amigos. También se mostraban mucho menos preocupados por el arreglo que la mayoría de los adultos. No es que fueran sucios: con el cabello grasoso, los pantalones manchados y las manos con petróleo; ¡no! Simplemente no había adornos en ellos; ni maquillaje ni peinados ni colguijes en

ella; ni loción ni reloj ni ropas ostentosas en él. Algo que llamaba mucho la atención de Arnau era que ambos tenían tatuajes, por nada posibles en la piel de sus papás.

-Los papás de Mar deberían hacer lo mismo- dijo Arnau.

-¿Qué?- preguntó Pablo quien ya se hallaba menos ensimismado en sus pensamientos; le había asentado bien hablar.

-Separarse. Su papá podría acondicionar la cochera para dormir allí. Ella me contó que últimamente se pelean mucho. Dice que no sabe qué pasó, que todo iba bien. Creo que sería lo mejor, que él se fuera a vivir a la cochera, o su mamá, sí, también podría mudarse su mamá. Lo que no sé es si Mar pueda afrontarlo con la misma madurez que tú.

-¿Madurez dices, Arnau?

-Después de escucharme a mí mismo, lo que te he dicho sobre mis papás y cómo ha sido mi vida, me doy cuenta de que fui un tonto con mi novia. Me enojé con ella porque no la voy a ver el fin de semana; se va a ver a unos tíos a su pueblo, pero regresa el lunes. ¿No soy un tonto? Sólo me molesté porque no la voy a ver un par de días. Tiene razón mi papá, esto de la posesión de las personas es una idea retrograda; medieval. Las personas no son objetos; no nos pertenecen.

Arnau casi le aplaude a Pablo, de hecho estaba a punto de hacerlo, pero Oswal lo interrumpió:

-Yo creo que Tudo es una mezcla de otros perros

Oswal tenía ya algunos minutos jugando con Tudo; traía una pelota de tenis que cuando la rebotaba contra la pared, el perro la buscaba en el aire; la seguía y la intentaba atrapar. Poco a poco Tudo se fue dando cuenta que lo mejor era esperar a que rebotara en la pared e intentar atraparla al rebote con el piso. Luego de varios intentos fallidos logró agarrarla. Después de esta primera vez, la pelota ya no se le volvió a escapar.

Mientras jugaban Oswal se percató de que el pelo se le movía mucho a Tudo; aun con sus rastas; no eran cortas; le colgaban; le había crecido el pelo; era más largo que el de un *Malamute* o un *Siberiano.* A éstos aunque no se les cortara, no les crecía tanto.

Tudo seguro tenía genes de una de estas dos razas pero mezclados con la genética de una raza de pelo largo.

Después de varias veces de echarle la pelota, Oswal se dio cuenta de que Tudo había ya monopolizado el juego; él mismo aventaba y atrapaba la pelota con su hocico. Fue entonces que decidió interrumpir a Arnau y a Pablo. No lo hizo antes porque los vio muy metidos en lo que platicaban, y ellos tampoco hicieron mucho por atenderlo. Pero traía una información muy importante que ya no podía tardar más en comunicar, bueno, sólo un poquito, unos cuantos segundos de su argumento sobre la ascendencia de Tudo:

-Yo creo que uno de sus papás era uno ovejero australiano, o inglés, aunque tengo mis dudas por su estatura… Bueno, pero, hay que preocuparse con lo que les voy a decir

-¿Qué tanto?- participó Pablo.

-Mucho

-Pues ya, habla- dijo Arnau.

-Yo creo que de cualquier forma podremos vencerlos

-¡Ya dinos!- desesperado presionó Pablo.

-Que no quieren que sea futbol

-¿Cómo? ¿Y qué quieren jugar?- preguntaron al mismo tiempo Arnau y Pablo, entre sorprendidos y preocupados y enojados.

-Sí es futbol, pero americano

